

El periodista ante la infodemia, la infoxicación y las fake news

Javier Salas

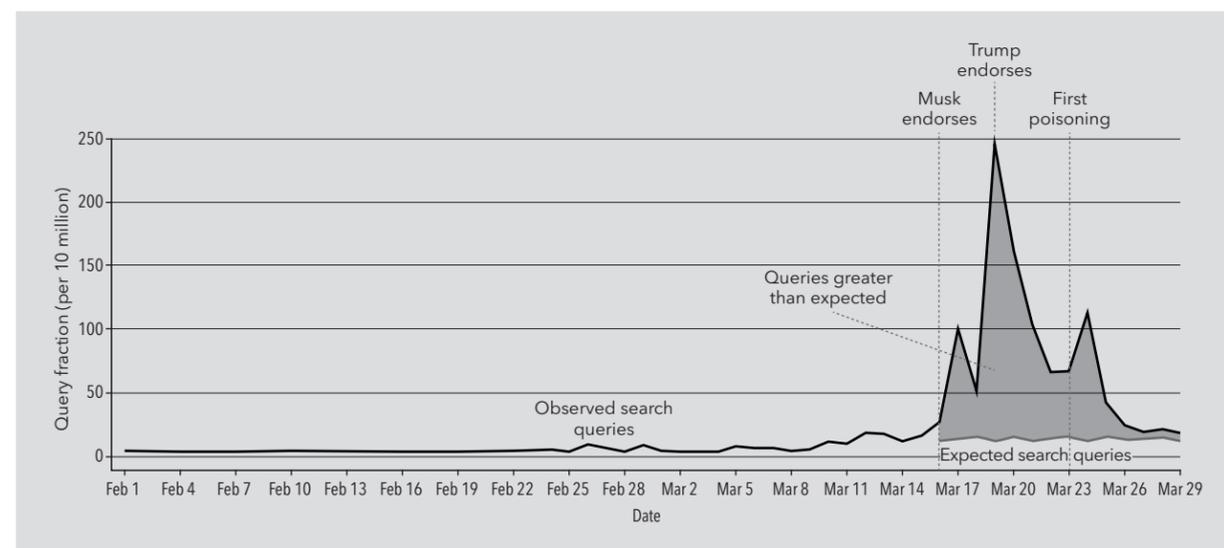
Vayamos a 2014. Servirá para coger algo de perspectiva después de casi un año entero cubriendo informativamente la pandemia que nos cambió la vida seis años después. En ese momento, la crisis sanitaria se vivía por culpa de otro virus, el Ébola, que provocó una alerta internacional, la intervención apresurada de la Organización Mundial de la Salud (OMS), acaloradas discusiones políticas, una aceleración de la investigación en fármacos e incluso la aparición en escena de un epidemiólogo: Fernando Simón. Sin embargo, aunque en aquella epidemia también tuvo su protagonismo, la desinformación fue mucho menor. En octubre de 2014 escribí un artículo reseñando cómo algunos trataban de aprovecharse de la emergencia para colocar entre el público sus falsos remedios para curar esa peligrosa enfermedad: desde la homeopatía hasta el ozono por vía rectal. *Los charlatanes del ébola*, se tituló. Había desinformación y bulos interesados, pero ni las redes mostraban tanta capacidad de

propagación de las llamadas *fake news* ni los charlatanes tenían el poder de difundir patrañas entre la ciudadanía de forma generalizada. El fenómeno era incipiente, pero preocupante, y obligaba a intervenir desde las redacciones, aunque no inundaba el debate público. Sin embargo, con la pandemia de la COVID-19 ha sido todo muy distinto. Esencialmente, por culpa de quienes han sido los protagonistas de la desinformación, los principales generadores de confusión. No ha sido Miguel Bosé con sus conspiraciones del 5G, ni quienes se manifiestan en las calles de todo el planeta contra la vacunación. El gran problema ha sido la desinformación que surgía de los despachos, la que generaban a propósito, por error o por negligencia, algunos gobernantes, líderes políticos e incluso autoridades sanitarias. Porque sus mensajes llegaban al gran público, gracias a las redes sociales, pero también a los medios de comunicación convencionales, con todo el respaldo que un cargo

o un atril gubernamental dan a sus palabras. Por lo tanto, el fenómeno era mucho más preocupante: no es lo mismo un bulo o un dato erróneo difundido por un charlatán en su grupo de Facebook que la afirmación de un gobernante desde el palacio presidencial. La capacidad de influencia es terriblemente mayor y, también, por tanto, el potencial daño. Por ejemplo, Jair Bolsonaro en Brasil y Donald Trump en los Estados Unidos (figura 1) no han cesado de apoyar un medicamento, la hidroxicloroquina, como si fuera un remedio casi milagroso e infalible frente al síndrome respiratorio, cuando en realidad no contaba en absoluto con el respaldo de los datos científicos. Los efectos de esos reclamos sin fundamento son bien conocidos, desde intoxicaciones entre la población más crédula hasta el desabastecimiento que ponía en riesgo a los verdaderos clientes del fármaco. Como la desfachatez de estos personajes contamina el debate público, nos obliga a reaccionar desde los medios.

Pero también sucede, como decía, de forma involuntaria. Ocurrió con el ibuprofeno, cuando el ministro de sanidad de Francia, Olivier Véran, hizo una inquietante advertencia al deslizar que los medicamentos antiinflamatorios podrían ser un factor en el empeoramiento de la infección. De nuevo, una afirmación que generaba alarma social y que

Figura 1. Número de búsquedas en Internet de «hidroxicloroquina». Fuente: Liu et al., JAMA Internal Medicine. 2020;180:1116-7.



obligaba a desmentirlo desde el periódico. Inicialmente no teníamos pensado prestar atención a esas palabras del ministro francés, pero cuando hasta el ministerio de sanidad español se vio empujado a reaccionar, estaba claro que el interés público era generalizado. Ya circulaba veloz por los grupos de WhatsApp. No había mala fe, ni interés político, pero de nuevo era necesario estar al quite de una afirmación que generaba confusión desde los despachos. Un estudio del Reuters Institute de Oxford dejaba claro que la desinformación con origen en las altas esferas ha sido decisiva. «La información errónea de arriba hacia abajo producida por políticos, celebridades y otras figuras

públicas prominentes representó solo el 20% de las afirmaciones en nuestra muestra, pero el 69% de las interacciones totales en las redes sociales», afirma el informe. Es decir, si bien la mayoría de la información incorrecta provenía de personas anónimas, la generada por los líderes de opinión tuvo un impacto mucho mayor.

Por supuesto, otro de los grandes problemas ha sido el ruido causado desde los gabinetes de prensa de grandes corporaciones y laboratorios farmacéuticos. Notas de prensa que aireaban importantes logros de sus fármacos. Y con ellos grandes esperanzas en la población. Pero, sobre todo, ingentes cantidades de dinero que se movían en los

mercados financieros espoleados por supuestos resultados médicos que todavía no se habían publicado en revistas científicas y que, por tanto, no habían sido sometidos al mínimo escrutinio exigible para aseveraciones de ese calado. Sabemos que hay laboratorios muy interesados en ganar dinero en esta situación, sabemos cómo funcionan las relaciones entre estas empresas y la bolsa, y esta circunstancia no va a cambiar en plena pandemia. Sin embargo, es nuestra obligación, de nuevo, abrir el foco, señalar que los datos que ofrecen no se pueden dar por buenos y hacer una reflexión sobre los poderosos intereses económicos que hay detrás de esos anuncios orquestados.

Muchas veces, las notas de prensa han endulzado los traspiés de sus productos, han maquillado los datos o directamente han inflado las capacidades reales de los fármacos. Es importante que la población esté avisada de lo que está sucediendo también en ese territorio de las finanzas.

El 13 de marzo, cuando nos dimos cuenta de lo que se nos venía encima, el director ejecutivo del Programa de Emergencias Sanitarias de la OMS, Michael Ryan, pronunció una frase que servía de alerta para todos los gobernantes y que solo unos pocos supieron o quisieron entender: «Sé rápido, sin remordimientos... Si necesitas

tener razón antes de actuar, nunca ganarás». Para hacer frente a una pandemia provocada por un virus tan contagioso es necesario usar todas las armas al alcance incluso antes de tener un estudio aleatorizado a doble ciego con miles de sujetos que avale su utilidad en una población. Hay que actuar rápido, no hay que esperar a tenerlo todo atado, es algo que todos podemos entender. Pero en muchos casos se ha utilizado esta prisa de forma equivocada. Y es que en esta situación, visto desde el punto de vista de la psicología social, la respuesta general ha estado en numerosas ocasiones lastrada por la esperanza de encontrar una «bala de plata» que lo solucione

todo de golpe. Lo que hacían algunos gobernantes, con su última medida política o su apuesta por un medicamento ineficaz: «Aquí les traigo el remedio para nuestros problemas». Una apuesta por una sola medida en lugar de insistir a la población en que la solución momentánea, hasta la llegada de las vacunas, es compleja y consta de numerosos factores que se complementan. Pocos lo han mostrado mejor que el virólogo australiano Ian Mackay con su versión del diagrama de las lonchas de queso suizo (figura 2). Una sola capa, con sus agujeros, no impide el contagio; es la suma de todas las medidas (rastreadores, distancia física, mascarillas, etc.) lo que impide progresar al virus.

Esta mentalidad de la «bala de plata», sobre todo al politizarse, ha favorecido que vivamos una permanente pandemia de falsos dilemas. El debate se polariza constantemente en un sí o no artificial, un blanco o negro forzado en torno a medidas técnicas y sanitarias que no aceptan esas lecturas reduccionistas. Economía o salud, salvar o no la Navidad, test de PCR o de antígenos, cerrar o no los aeropuertos, etc. De este modo, en una sociedad tan polarizada como la actual, se empuja a la gente a tomar partido por determinadas medidas, farmacológicas o no, que generan más confusión e incluso

problemas de cumplimiento. Un caos que aumenta todavía más la incertidumbre en una situación en que la ciudadanía se agarra a un clavo ardiendo en busca de certezas. Esto ha provocado que, desde el punto de vista psicológico y sociológico, muchas más personas han estado dispuestas a abrazar lecturas simplistas de la realidad, de buenos y malos, de culpables y villanos. Y por supuesto, teorías de la conspiración. Un ruido y una infoxicación que provocaba, ya a comienzos de verano, que nos preguntáramos si habría un problema de reticencia con las vacunas que salieran de los laboratorios. Nos temíamos que al final, después de casi un año trabajando para desarrollarla, el plan pudiera echarse a perder porque eran muchos los que recelaban de laboratorios, gobernantes y autoridades sanitarias.

En noviembre de 2020, una encuesta de 40dB para *El País* encontró que un 40% de la población española creía que había una conspiración detrás de las vacunas (figura 3), y dos tercios de los encuestados pensaban

Figura 3. Resultados de la encuesta de 40dB para El País.

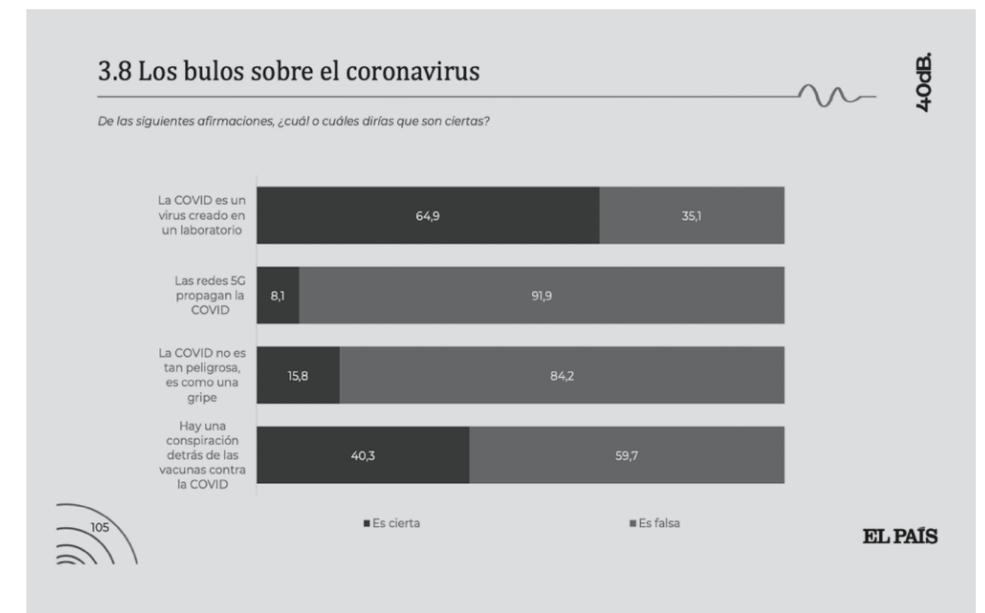
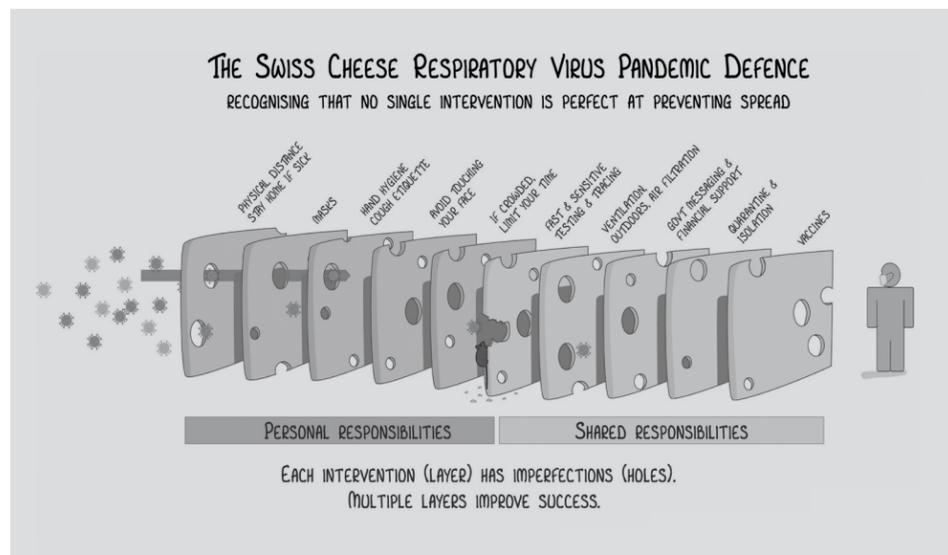


Figura 2. Diagrama de queso suizo, en la versión de Ian Mackay.



que este coronavirus había sido desarrollado deliberadamente en un laboratorio. Bulos y teorías de la conspiración que también circulaban por debajo del radar en redes como WhatsApp, lejos del control o de la vigilancia de las autoridades sanitarias: nadie sabe lo que se comparte en un grupo familiar. Pero es nuestra obligación tratar de

mitigar la desinformación que circula en esos cauces, venga de donde venga. Por eso, el papel de los periodistas en esta pandemia ha sido especialmente complicado, porque no nos hemos tenido que enfrentar únicamente a los charlatanes de siempre, sino que ha sido un tsunami de desinformación mucho más preocupante porque venía de arriba.